

AÑO XXVIII

6.^a SERIE

REVISTA CIENTÍFICO - MILITAR

ORGANIZACIÓN — ADMINISTRACIÓN — ARMAS — ESTRATEGIA — TÁCTICA
FORTIFICACIÓN — ARTILLERÍA — TIRO — HISTORIA MILITAR —
GEOGRAFÍA — BIOGRAFÍA — PROGRESOS CIENTÍFICOS —
NOTICIAS — VARIEDADES — ETC., ETC.

TOMO V



BARCELONA
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PASEO DE SAN JUAN, N.º 201

1903

Enero á Diciembre de 1903

SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 5.—Algo acerca de táctica de la infantería, por Jacobo A. de Lac; pág. 8.—Los destacamentos de ametralladoras en el ejército alemán, traducido por M.; pág. 11.—Napoleón jefe de ejército: La campaña de Siria, por el conde de Yorck Watenburg; traducción de don Luis Trucharte, comandante de Infantería; pág. 14.

Pliegos 87 y 88 del tomo III del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió Bellvé, comandante de Ingenieros.

MANUAL DE FOTOGRAFÍA, por don Juan Luengo, capitán de Ingenieros.—Pliegos 1 y 2.

CRÓNICA GENERAL

RECUERDO DE UNA FÓRMULA.—INVARIABILIDAD DE NUESTRA INEFICACIA PARA LA GUERRA.—LAS PIEZAS DE TIRO CURVO.—MORTEROS SKODA DE 24 y 12 CENTÍMETROS.—CIFRAS CARACTERÍSTICAS.—EL ATAQUE DE LAS POSICIONES DE MONTAÑA.—LA BATALLA MODERNA.

Recordamos haber llamado varias veces la atención del lector acerca de una *formulilla* muy cómoda y muy exacta para determinar el grado de progreso del ejército á través de tantas reformas y reorganizaciones que con harta frecuencia padece. La fórmula es: ¿nuestro ejército está mejor preparado hoy que ayer para sofocar una guerra civil, repeler una acometida de ingleses procedentes de Gibraltar ó Portugal, rechazar un ataque en las costas, defenderse contra los franceses ó intervenir dignamente en Marruecos? En el periodo histórico actual de España, cualesquiera de las seis hipótesis es factible: esto no quiere decir que no haya otras posibles; pero son más difíciles de prever; mientras que las citadas están al alcance de cualquier nigromante de escalera abajo. En estos momentos se ha presentado como muy posible la última de ellas; la lucha en Marruecos. Pues bien, todas las medidas ha habido que tomarlas. Preparación para esa guerra, para ese caso concreto, real, efectivo de nuestra misión militar, para esa función, una de las seis para las cuales el Estado paga anualmente doscientos millones de pesetas, no tenemos realizado ensayo alguno, y si el ejército tuviese que pasar el estrecho, vive Dios que órdenes dictaríamos muchas y la buena voluntad rebosaría por los cuatro costados; pero el hecho es que iríamos á la guerra absolutamente con igual preparación que si tuviésemos que hacer una campaña en la Siberia. Tan poco dispuestos estamos para la una como para la otra. Y sigamos haciendo guardias, y sigamos distribuyendo el santo

y seña con la beatífica regularidad que demuestra la práctica que tenemos en estas cosas, confiando siempre en la Divina Providencia.

*
* *

Aunque el cañón sea hoy, como siempre, el arma principal de la artillería, lo cierto es que en todos los ejércitos se estudian con cariño las piezas de tiro curvo, únicas que pueden resolver prácticamente el problema de hundir los grandes abrigos ó batir á las tropas resguardadas detrás de ciertos obstáculos del terreno. Los morteros son hoy, pues, piezas corrientes en las artillerías de todas las naciones, no ya solo para las plazas y costas, sino también, y muy principalmente para las tropas en campaña. Pero es ya muy atrevido denominar *mortero* á la pieza de que tratamos, pues solo por su longitud relativa en calibres recuerda algo al que aun figura en muchas de nuestras plazas, cónico, de bronce, adornado de molduras y filetes, yaciendo en los adarves *para hacer que hacemos*, según es práctica muy común en las cosas de nuestro país. El mortero moderno es una máquina, con su afuste complejo, que le permite hacerla girar hacia distintos puntos del horizonte, y su aparato de puntería, para hacer variar ésta, en elevación, dentro de límites extensos; y sus frenos hidráulicos y sus recuperadores, que moderan notablemente el retroceso y permiten la rápida entrada de la pieza en batería. El aspecto de esas máquinas es verdaderamente típico y capaz por sí sólo para hacer patente la evolución notable que está realizándose en el material de guerra, gracias principalmente á los progresos de las artes industriales.

Algunas cifras relativas á esos morteros permitirán hacerse cargo de la *fisnomía* de tales piezas. En Austria Hungría, por ejemplo, hay dos morteros de campaña, debidos á la acreditada casa Skoda. Uno de ellos, de 24 centímetros de calibre, está destinado á formar parte de la *artillería pesada de campaña*. El otro, de 12 centímetros, es de *carril estrecho* y está destinado á acompañar á las tropas que operan en zonas montañosas. El mortero de 24 centímetros fué adoptado igualmente por los ingleses para su ejército del Sur de Africa; mas lo fué en el último periodo de la campaña, de manera que apenas hubo ocasión de ensayar prácticamente sus efectos.

Las cifras características de estas piezas son las siguientes:

Calibre exacto..	243 mm.	120 mm.
Longitud (9 calibres).	2180 »	1140 »
Número de rayas..	56 »	
Longitud del paso de éstas.	30 calibres.	
Peso del mortero..	2150 kg.	333 kg.
Peso del montaje..	3150 »	724 »
Peso total.	7010 »	1060 »

Carril del carruaje pieza.	1576 mm.	1130 mm.
Peso del carruaje pieza.	4450 kg.	1469 kg.
Peso del carruaje afuste.	4590 »	
Caballos que arrastran un carruaje.	8	4
Peso de la granada torpedo.	128 kg.	20 »
Peso de la carga explosiva (picrica).	21.5 »	2.92 »
Alcance máximo.	7000 mm.	5000 mm.
Presión en el ánima.	2000 atmósferas	

El mortero de 12 centímetros posee además, un shrapnell, cual peso es igualmente de 20 kilogramos, su carga interior de 0,240 kilogramos, teniendo 640 balines, cada uno de 11 gramos de peso.

Los datos anteriores bastan para hacer comprender cuán poderoso puede ser el auxilio que estas piezas proporcionan á las tropas que hayan de expugnar posiciones fortificadas ó solamente abrigadas detrás de las alturas del terreno. Pero la posesión de tales elementos, con ser preciosa, no pueden modificar de un modo profundo el ataque de posiciones en países de montañas, como no sea en casos especialísimos. En efecto, las tropas que ocupan la vertiente abrigada de alturas que dominan al adversario no pueden temer gran cosa los efectos del tiro curvo como no sea éste muy vivo, verdaderamente una lluvia de proyectiles. Ahora bien, el consumo de municiones es en este caso tan grande, que tanto se asusta de él quien lo realiza, que del hierro que cruza los aires el que lo recibe. Resulta, entonces, una pausa en la intensidad del fuego, una tendencia *al cañoneo lento, pero continuo*, y cuando este caso llega, cuando en la guerra las acciones se realizan suavemente, con parsimonia, el resultado es nulo, pues las máquinas, ya de por sí impotentes para resolver los problemas de la guerra, lo son mucho más cuando no se hace de ellas todo el uso que pudiera hacerse. Despréndese de esto, en resumen, que la acción de los morteros puede servir muy bien para *quebrantar* al adversario, pero no para anularle. Es preciso, pues, que al ataque de la artillería acompañe el de la infantería, no ya de pronto, sino pretendiendo rebasar y envolver la posición. La táctica, como la estrategia, puede decirse que tiene sus principios esenciales, sólo que los procedimientos tácticos se han de retocar continuamente merced al progreso de las armas, cual efecto más inmediato es el de agrandar extraordinariamente el campo de batalla. Por esto ya no es posible hoy pensar en que ciertos movimientos envolventes los realice una parte de las tropas empeñadas en la lucha, sino fuerzas que lleguen al campo en el momento y lugar oportuno para amagar el movimiento envolvente y producir, al propio tiempo, la sorpresa, madre del éxito en la guerra. La batalla deberá ser, pues, cada día más, para que merezca el nombre de tal, producto de una combinación estratégica. Si esta combinación no existe, la lucha quizá sea gigantesca; pero al fin será una acción, un choque gran-

de, mas no una verdadera batalla, tal y como quiere el moderno arte de la guerra.

La magnitud misma del campo de batalla, y el alcance colosal de las piezas de tiro curvo, destinadas á batir blancos que no se ven, obligan á entrar en juego, necesariamente, á los globos cautivos, resultando finalmente que el arte de vencer es cada día más difícil, y que son muchas, muchas, muchas las medidas que hay que tomar á tiempo, para que la misma vara de medir no la utilice el contrario para medirnos las espaldas.

NIEMAND.

ALGO ACERCA DE TÁCTICA DE LA INFANTERÍA

I

MÉTODO Y RESPONSABILIDAD EN LA INSTRUCCIÓN DE LA TROPA

«El capitán dirige la instrucción de los soldados y clases de su compañía.... en este asunto debe dejársele la más amplia iniciativa.»

(*Proyecto de reglamento táctico para la Infantería francesa.*)

Por motivos que no es del caso explicar, pero que están en el ánimo de cuantos en asuntos militares se ocupan, el servicio militar obligatorio en general, sin restricciones que lo desvirtuen y casi lo anulen, será durante algún tiempo, más del conveniente por breve que sea, una aspiración, en nuestra España, de los verdaderos amantes del país y del Ejército. La instrucción militar elemental de los contingentes anuales, sin que de ella se dispense ninguno de los mozos comprendidos en cada alistamiento, debe ser, cuanto antes mejor, porque urge, una realidad.

Reconocida y consignada en los reglamentos tácticos de casi todos los ejércitos europeos la importancia de la misión educatriz é instructora del capitán de compañía, quizás en parte alguna se la niega y desatiende, en la práctica, como entre nosotros; porque una inveterada rutina nos hace, en esto, dóciles instrumentos de añejas costumbres, en pugna con el espíritu y letra del reglamento en vigor. Léase la base V de los preliminares y la vigésima advertencia general de las que preceden á la *Instrucción del recluta*, y dígase si puede compaginarse con lo preceptuado en una y otra la designación de instructores hecha por algunos jefes para la de los reclutas de cada compañía, sin contar con los capitanes de ellas; la imposición de programas que alteran lo prevenido en la base XXI, y otras extralimitaciones hijas, sin duda alguna, del mejor deseo, pero de todo en todo contrarias á lo estatuido en el reglamento, redundantes en perjuicio de la educación é instrucción del soldado.

Estas prácticas abusivas tienen su origen en la escasez de los contingentes que anualmente reciben nuestros regimientos, la cual escasez obliga, las más de las veces, á los jefes de cuerpo á distribuir los reclutas de cada reemplazo en menor número de pelotones que el de compañías, distribución que lleva fatalmente consigo la mezcla de individuos de dos ó más de éstas, el nombramiento de instructor hecho por el jefe y no por el capitán, y la menor intervención de éste en la instrucción y educación de sus soldados, con lo cual desaparece, en parte, la responsabilidad del comandante de la compañía en asunto de tan grande importancia. Esto, en lo que atañe á nuestros exigüos reemplazos anuales; porque si atendemos á la instrucción y educación militar de la máxima parte del contingente, que ni siquiera pasa por filas, claro está que no recibe ninguna, y, por consiguiente, su valor en caso de movilización rápida y apremiante es nulo ó poco menos.

Dedúcese de lo expuesto: primero, la necesidad de que todo el contingente anual ingrese en los cuerpos armados, siquiera por el tiempo indispensablemente preciso para recibir la instrucción militar; segundo, que debe cometerse al capitán de compañía, en toda la integridad que el reglamento ordena, la tarea de instruir y educar sus soldados, única manera de que le sea racionalmente exigible toda la responsabilidad que el reglamento le asigna. Veamos como se entiende en otros países la misión y la responsabilidad del capitán:

«El capitán, dice el reglamento francés vigente, dirige la instrucción de su compañía, de la cual (la instrucción) es responsable.... Dápose realmente en la compañía la instrucción y la educación militar, la misión del capitán es de la más alta importancia.... La instrucción de los reclutas compete por entero á los comandantes de compañía.» En el proyecto de reglamento léese: «El capitán dirige la instrucción de los soldados y clases de su compañía, instrucción que regulará en todos sus detalles: en este asunto debe dejársele la más amplia iniciativa.»

«La enseñanza de los ejercicios reglamentarios, propiamente dicho, no va más allá de la compañía.... Todo jefe, desde el comandante de compañía para arriba, es responsable de que las tropas de él dependientes sean amaestradas con arreglo á las prescripciones del reglamento; en la elección de medios debe concederse la mayor libertad posible. Los superiores inmediatos solo están obligados á intervenir cuando noten errores ó retrasos en la instrucción.» (Reglamento alemán).

El reglamento austriaco previene que «la instrucción de los reclutas debe darse mediante programa hecho cuidadosamente por el comandante de la compañía.»

«La instrucción de los reclutas, que se dá en la compañía, aunque las compañías estén destacadas, debe....» (Reglamento italiano).

Dedúcese de los párrafos transcritos que los reglamentos todos reconocen, en forma más ó menos explícita, la misión instructora y educatriz del capitán, al cual dejan completa libertad para convertir en soldados los reclutas de su compañía. No es el nuestro el que menos insiste en considerar como centro esencial de la educación é instrucción del soldado la compañía; pero, en algunas ocasiones, este sabio precepto no alcanza la ejecución debida, con grave daño, según nuestra humilde opinión, de la instrucción militar misma, y aún con desdoro del capitán, en quien sería injurioso no reconocer la idoneidad y experiencia que forzosamente han de haberle proporcionado el tránsito por las jerarquías inferiores y el no despreciable periodo de tiempo que ha vivido en constante contacto con la tropa.

En lo que á los métodos de instrucción atañe, sabido es que la escasa permanencia en filas de los reemplazos exige que los movimientos, evoluciones y maniobras sean cortos en número, sencillos y de perfecta aplicación á la guerra; pero deben ser á la vez de tal modo aprendidos y practicados, que no se corra el riesgo de que el soldado, tras corta permanencia en su hogar, por licencia ó pase á la reserva, los haya olvidado por completo.

Todo ejercicio táctico, aún en las unidades inferiores, debe tener por objetivo único el combate. Cuantos movimientos y evoluciones no sean de útil é inmediata aplicación en la guerra, deséchense por supérfluos y absorbedores de un tiempo precioso para la instrucción militar. «En la guerra, dice el reglamento alemán, solo los procedimientos sencillos aseguran el éxito.... Empléense pocas y simples formaciones, pero éstas deben ser conocidas y enseñadas á fondo. Las prescripciones del reglamento, y solo ellas, constituyen la ley. En su espíritu y en su letra son obligatorias, en la paz y en la guerra.» Esta doctrina es también la de nuestro reglamento, al consignar que, de las múltiples evoluciones y maniobras que para pasar de unas formaciones á otras pudieran emplearse, solo las que prescribe deben enseñarse y practicarse, porque son las reputadas como más sencillas y conducentes al objeto de la instrucción: el combate. Pocas formaciones, pues, y pocos movimientos; evoluciones y maniobras sencillas, pero bien estudiadas y previstas, y siempre las mismas, en la paz y en la guerra; en ello saldrán gananciosas la instrucción y la disciplina, además de economizarse tiempo, porque, como dice el reglamento francés vigente, «los ejercicios del campo de instrucción son el punto de partida de una buena disciplina y tienen, además, por objeto inculcar en la tropa el sentimiento del orden y de la cohesión.»

Creemos, por tanto, que vá demasiado lejos el proyecto de reglamento francés al consignar que «deja, de propósito, cierta libertad de movimiento en las evoluciones, aun á las unidades más pequeñas. Queda pro-

hibido, añade, restringir esta libertad con preceptos formales, que acabarían por erigir en tipos invariables las diferentes evoluciones.» No: no debe extenderse á tanto la iniciativa. Harto desorden lleva necesariamente consigo el combate moderno, harto difícil se hace, con la grande extensión de los frentes que cada unidad cubre, la tarea de hacer que los esfuerzos de cada una aconsejan al objeto que se haya propuesto el jefe de regimiento y batallón, sin que se aumente esta dificultad permitiendo que cada fracción evolucione á su manera. La iniciativa del oficial, la del capitán tienen amplio campo, cuando haya de resolverse un problema táctico, en la distribución de su tropa sobre el propio frente, en la elección de las formaciones que convenga emplear, en la adaptación de estas formaciones al terreno, en el empleo de las distintas clases de fuegos, etc., etc. Renúncien, si les place, los franceses á estas restricciones de la iniciativa. Nosotros opinamos que harán mal en renunciar.

JACOBO A. DE LAC.



LOS DESTACAMENTOS DE AMETRALLADORAS

EN EL EJÉRCITO ALEMÁN

(Traducido de la *Revue militaire*)

De algunos años á esta parte, la mayoría de los ejércitos europeos ensayan diversos sistemas de ametralladoras automáticas. En 1899 Suiza dotó su caballería de ametralladoras Maxim, llevadas á lomo. Alemania, á su vez, parece que ha salido del periodo de los tanteos, habiendo ya aprobado el Emperador, en 14 de Mayo último, un reglamento para los ejercicios y el tiro de los destacamentos de ametralladoras.

Si se da crédito á ciertos periódicos, las ideas no se han fijado aún, sin embargo, de un modo muy concreto en Alemania; precisa reconocer, no obstante, que en tal caso las demás potencias no tendrían derecho á admirarse de ello.

Sea lo que fuere, la cuestión de las ametralladoras toma de día en día un carácter de actualidad. Los ensayos se prosiguen en todos los ejércitos con actividad. Es interesante estudiar cómo Alemania acaba de tratar el problema.

Recordar en cuatro palabras los primeros ensayos; dar á conocer el útil adoptado, su organización, sus propiedades técnicas, sus aptitudes tácticas; y mostrar, en fin, la orientación dada oficialmente para su empleo: tal es el plan de este estudio.

*
* *

En 1899 fué cuando las baterías de ametralladoras aparecieron por pri-

mera vez en las maniobras alemanas: una batería tomó parte en las maniobras de la Guardia, dos en las del XIV^o cuerpo; el I.^{er} cuerpo, tres baterías formaron un grupo á la disposición del general comandante de la 37.^a división.

La batería comprendía cuatro ametralladoras del sistema Maxim, llevada cada una en un carruaje tirado por dos caballos.

En 1900, dos baterías de ametralladoras, siempre de cuatro piezas, toman parte en las maniobras imperiales, afectas á las divisiones de caballería. Las piezas eran tiradas por cuatro caballos.

Por último, en 1901, los ensayos toman más cuerpo. Se crean oficialmente cinco «destacamentos de ametralladoras» (*Maschinengewehr-Abtheilungen*), agregados al batallón de cazadores de la Guardia y á los batallones 1^o, 4^o, 10^o, y 2^o. Terminadas las maniobras y con motivo de ellas, la prensa alemana emite las opiniones más diversas acerca del papel que las ametralladoras pueden jugar en la guerra. Según el *Jahrbücher* (Los Anales) «los destacamentos de ametralladoras han hallado numerosas ocasiones de empleo». El *Kölnische Zeitung* (Diario de Colonia) declara que «las maniobras han patentizado los servicios prestados por las ametralladoras afectas á la caballería. Es indudable que los cuerpos de caballería que operen delante de los ejércitos hallarán con la cooperación de las ametralladoras la mayor parte de las ventajas que un determinado número de especialistas querían asegurarles con el concurso de la infantería».

En cambio, el *Militär Zeitung* opina que «la dificultad de observar los puntos de caída se opone al empleo, en campaña, de las ametralladoras».

En forma menos categórica, el *Berliner Tageblatt* deduce lo mismo: Las ametralladoras, dice, no pueden reemplazar la artillería de campaña. Por otra parte, los tiradores, moviéndose con mayor facilidad y rapidez, encuentran posiciones y abrigos más favorables que los sirvientes de las ametralladoras... Conviene observar una prudente parsimonia en la introducción de estos ingenios en el ejército de campaña. Un destacamento por cada cuerpo de ejército parece suficiente; empero, como ocurre generalmente con las armas auxiliares, se corre el riesgo de no tenerlo bajo la mano».

Estas opiniones no tienen, al fin y al cabo, para nosotros más que un interés muy secundario: el presupuesto de 1901 regularizó la creación de cinco primeros destacamentos de ametralladoras, y el de 1902, la de otros ocho, á instancias de la autoridad militar, de suerte que el ejército alemán cuenta actualmente trece de estas máquinas, cuyo reparto y situación se indican en el cuadro siguiente:

CUERPOS DE EJÉRCITO	NÚMERO DEL DESTACAMENTO	CUERPOS Á QUE ESTÁN AFECTOS	GUARNICIONES
Guardia.	1 (de la Guardia).	Batallón de cazadores.	Potsdam.
Guardia.	2 (Id.).	Batallón de tiradores.	Gross-Lichterfeld.
I ^o .	1	Primer batallón de cazadores.	Ortelsbourg.
I ^o .	5	Tercer bñ. del 44. ^o regimiento.	Lätzen.
I ^o .	6	Primer bñ. del 146. ^o regimiento.	Sensbourg.
III ^o .	7	Tercer bñ. de cazadores.	Lübben.
VI ^o .	8	Sexto bñ. de id.	Oels.
XIV ^o .	9	14. ^o bñ. de id.	Colmar.
XIV ^o .	10	8. ^o bñ. de id.	Schlestadt.
XV ^o .	2	4. ^o bñ. de id.	Bitche.
XV ^o .	3	10. ^o bñ. de id.	Bitche.
XVII ^o .	4	2. ^o bñ. de id.	Culm.
I ^o bávaro.	Tercer bñ. del tercer regimiento.	Augsbourg.

Composición de los destacamentos.—Cada destacamento de ametralladoras comprende:

- 1 capitán, jefe del destacamento;
- 3 tenientes, comandantes de sección;
- 13 suboficiales (1 feldwebel, 1 vizefeldwebel, 2 sergeants, 8 unteroficiere y 1 trompeta);
- 63 hombres (1 reenganchado, 7 gefreite, 54 soldados, 1 obreiro fuera de filas);
- 1 enfermero (suboficial ó gefreite (cabo));
- 18 caballos de silla;
- 36 — de tiro;
- 6 ametralladoras, á 4 caballos;
- 3 carros de municiones, á 4 caballos;
- 1 carromato de batería, á 4 caballos;
- 1 carro forrajero, á 4 caballos;
- 1 carruaje para bagajes, á 2 caballos;
- 1 — para víveres, á 2 caballos,

Al pie de paz, el destacamento sólo engancha las piezas, dos carros de municiones y un carro de servicio.

Los oficiales, en principio, se eligen de entre los cazadores. Se ha tratado de agregar á cada destacamento un quinto oficial, de artillería, para la instrucción de los conductores; pero esta medida no ha pasado de proyecto.

Los suboficiales proceden en parte de los cuerpos afectos y en parte de la artillería.

M.

(Continuará)



NAPOLEÓN JEFE DE EJÉRCITO

LA CAMPAÑA DE SIRIA

(Continuación)

Después del desastre de Abukir, al que siguió el bloqueo de Alejandría, los ingleses no dejaban llegar con regularidad las noticias á Napoleón. Supo este, sin embargo, por varios conductos, los planes que, en general, fraguaban contra él sus adversarios. Inglaterra y Turquía iban á obrar de acuerdo: su ofensiva debía de ser doble. Un ejército turco, estaba reconcentrándose en Siria al mando de Achmed-Bajá apellidado Djezzar (el Carnicero) á causa de su crueldad, y una escuadra inglesa debía apoyar las operaciones de los Turcos.

Como lo había hecho muchas veces en Italia, Napoleón resolvió no dar tiempo á sus adversarios para llevar á cabo sus combinaciones, y por consiguiente decidió caer con rapidez sobre uno de ellos, lo cual solo era posible efectuar naturalmente contra Djezzar. En el bajo Egipto no tenía enemigos que combatir, porque todavía no se había verificado ningún desembarco. El ejército de Siria, por el contrario, estaba ya casi totalmente organizado, había ocupado á Gaza y llegaba su vanguardia hasta El Arich. Por esta parte, pues, se le presentaba su adversario, por lo que determinó marchar hacia Siria. El 2 de Diciembre fué enviado Bon á Suez con un pequeño destacamento para establecer allí un punto de etapa, al cual llegó Napoleón en persona el 26, permaneciendo tres días para enterarse de la situación de aquellos sitios y tomar algunas disposiciones. El 2 de Enero de 1799 avanzó Reynier hasta Katieh y el 31 del mismo mes Napoleón dió sus órdenes para el movimiento general de avance.

El ejército destinado á operar en Siria se componía de las divisiones Kléber, Reynier, Bon y Lannes; pero á consecuencia de la necesidad que había de dejar guarniciones en Egipto, no contaba cada una más que con 2.500 hombres, debiendo añadir al total 3.000 hombres entre caballería, artillería é ingenieros. Marmont reemplazó á Kléber en el mando de Alejandría, el de El Kairo fué confiado á Dugua. Todo el ejército se dirigió primeramente á El Arich. Napoleón salió de El Kairo el 10 de Febrero á las 10 de la noche. En dicho día se hallaba Lannes en Bulbeiss y Bon en Salahieh.

Entre tanto Reynier había llegado la vispera á El Arich, que tomó por asalto, á pesar de haber sido tenazmente defendido por unos 2.000 hombres que, reducidos por las pérdidas á 1.500, se vieron obligados á refugiarse en el fuerte, en el cual, aunque no había una pieza de artillería, hubo necesidad de abrir brecha, poniendo en batería piezas de campaña. A causa de su debilidad numérica, el ejército no podía exponerse á sufrir las pérdidas que le hubiera ocasionado un asalto á viva fuerza. El 12 lle-

gó á dicha plaza Kléber; pero el número de las tropas enemigas procedentes de Gaza aumentaba diariamente, alcanzando ya á algunos millares de hombres. El 13 acamparon á la vista de los franceses detrás del cauce de un río seco. En la noche del 14, Reynier los envuelve, los sorprende y los pone en precipitada fuga. Napoleón llega á su vez el 17 y el 18 decía: «Ciudadano general: las cuatro divisiones de infantería y caballería se encuentran reunidas frente á El Arich, después de haber franqueado con facilidad el desierto, merced á las disposiciones adoptadas.» (A Dugua, frente á El Arich). El 20 por la tarde capituló El Arich; se había ya comenzado á abrir brecha. La resolución de los defensores de resistir á todo trance fué causa de que obtuviesen condiciones muy ventajosas.

El 21 de Febrero, Kléber fué enviado de vanguardia por el camino de Gaza; al día siguiente fué seguido por Bon y Lannes, mientras Reynier permaneció hasta el 25 en El Arich. Napoleón partió en persona el 23. Al llegar á Chan Junes, observó que sus divisiones se habían extraviado y hasta el día siguiente no pudo reunir las en dicho punto. Tenía á su frente caballería enemiga, que se replegaba sobre Gaza. El ejército francés continuó su marcha y llegó el 25 á esta ciudad, donde se encontraba, á las órdenes de Abdallah, un cuerpo de algunos miles de hombres. Tan pronto como Napoleón desplegó su ejército y marchó hacia el enemigo, éste se declaró en retirada, sin hacer resistencia digna de mención. El ejército permaneció aun dos días en Gaza. El castillo de esta ciudad, así como el de El Arich fueron puestos en estado de defensa, precaución que Napoleón no descuidaba jamás para asegurar su línea de etapas. Este general audaz y victorioso, más prudente en la guerra que en la política, contó siempre con la posibilidad de un revés en la combinación de sus planes de operaciones: «Figuráos, decía, que pudieran ocurrir acontecimientos tales que El Arich llegase á ser cabeza de nuestra línea, la cual, sosteniéndose quince días ó un mes, podría dar resultados incalculables.» (A Cafarelli: Jaffa, 10 de Marzo).

El 28, el ejército, seguido ahora de Reynier, que formaba la retaguardia, abandonó á Gaza y el 3 de Marzo llegó á Jaffa. A este punto llegó Reynier dos días más tarde. La toma de esta ciudad debía facilitar á Napoleón el acceso al mar, por donde contaba recibir de Alejandría viveres y algunas piezas de sitio. Se abrió la trinchera y se pusieron en batería las piezas de campaña. Bon y Lannes formaron el cuerpo sitiador, mientras que para protegerlo marchó Kléber por el camino de Acre. La guarnición resistió vigorosamente, y aun intentó dos salidas que fueron fácilmente rechazadas. El 7 de Marzo, por la tarde, después de abrir brecha y de una intimación en vano, la plaza fué tomada por asalto y «todos fueron pasados á cuchillo; la ciudad entregada al saqueo sufrió todos los horrores de una plaza tomada por asalto.» (Memorias de Napoleón: Campañas de Egipto y de Siria, tomo 2.º, pág. 32).

La matanza de los defensores de Jaffa no se debió únicamente al furor de los soldados excitados por el combate, sino también al frío examen de la situación por el general en jefe. Cerca de 2.000 turcos habían sido hechos prisioneros. Llevarlos consigo era imposible á causa de las dificultades de aprovisionamiento que ya se hacían sentir rudamente, dejarlos en libertad, á condición de dar su palabra de honor de no combatir más, era una medida que suele resultar ineficaz, cuando se trata de simples soldados, aun cuando pertenezcan á una nación civilizada; tanto más cuanto que pueden citarse hasta oficiales superiores, que han faltado á su palabra en casos análogos. Enviar estos prisioneros á Egipto hubiera exigido una escolta, que era imposible proporcionar, y medios de subsistencia, que no se podía organizar ni transportar. Durante dos días Napoleón meditó esta situación y después dió la orden siguiente: «Ordenaréis al ayudante general de servicio que conduzca á orillas del mar á todos los artilleros y demás turcos, cogidos con las armas en la mano en Jaffa y mande fusilarlos, adoptando sus medidas para que no escape ninguno.» (A Berthier: Jaffa, 9 de Marzo).

Cierto pedagogo, que escribió sobre esta guerra, ha expresado todo el horror y la indignación que le inspiró este acto; la historia militar no lo juzga de igual modo. La salvación del ejército, la necesidad de hacer todo lo posible para salir vencedor, se sobreponen á cualquiera otra consideración. Si este acto era necesario á la salvación del ejército, estaba plenamente justificado en aquella época; y si se reprodujese el mismo caso, se citaría también en una guerra futura; en tales ocasiones no hay convención que valga. En las circunstancias excepcionales ocasionadas por la guerra, no debe seguirse otra regla que esta: *Salus publica summa lex est*. Las convenciones pasadas no pueden aplicarse sino cuando están de acuerdo con esta regla. De aquí se deduce que en toda guerra se originarán siempre casos, en que para asegurar su propia salvación los beligerantes se vean obligados á violar la letra de semejantes pactos ó convenciones; será indudablemente de buena lid las recriminaciones recíprocas desde el punto de vista político; pero en el fondo nunca constituirán un argumento. El mismo Napoleón juzgaba la cuestión de Jaffa como una cosa indispensable, y en este sentido hablaba de ella á sus subordinados, sin pensar en lo más mínimo en justificar desde luego su determinación. Véase lo que dijo á Marmont: «La toma de Jaffa ha sido brillantísima; 4.000 hombres escogidos de las mejores tropas de Djezzar y los más diestros artilleros de Constantinopla han sido pasados á cuchillo.» (Jaffa, 9 de Marzo) y á Kléber: «La guarnición de Jaffa se componía de 4.000 hombres próximamente: 2.000 han sido muertos en la ciudad y cerca de 2.000 han sido fusilados entre ayer y hoy.» (Jaffa, 9 de Marzo).

(Continuará)